

PUNTOS DE VENTA.

En las principales librerías de España, y en las oficinas de LA PUBLICIDAD, instaladas recientemente en la calle de la Colecha, número 12, Granada. donde deberán dirigirse los pedidos, debiendo acompañar el importe en sellos de 15 céntimos ó libranzas del giro mútuo á favor del editor, F. Gomez de la Cruz.

A LOS LIBREROS.

En los pedidos de 25 ejemplares. se descontará el 15 por 100; en los de 50, el 20, y si alguno de nuestros corresponsales nos remitiese el importe de 100 ejemplares, obtendrá el beneficio de un 30 por 100.

BIBLIOTECA DE LA PUBLICIDAD

F. Triviño Valdivia.

UNA VUELTA POR LAS RUINAS

ESPEDICION Á ALHAMA,
SANTA CRUZ, CACIN Y TURRO

ASPECTO DE ESTOS PUEBLOS Y SITUACION DE SUS HABITANTES
DESPUES DEL TERREMOTO
DE LA
NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1884.

Precio, 50 céntimos.

GRANADA.

Imprenta de LA PUBLICIDAD,
Calle de la Colecha, núm. 12.
1885.

44

UNA VUELTA POR LAS RUINAS.

R27970

Biblioteca Universitaria
C
Letania 19
Número 36 (44)

UNA VUELTA POR LAS RUINAS

EXPEDICIÓN A LOS PUEBLOS HUNDIDOS

A CONSECUENCIA DEL TERREMOTO

DE LA

NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1884

HECHA Y RELATADA POR

FRANCISCO TRIVIÑO VALDIVIA



GRANADA
 Imprenta de LA PUBLICIDAD
 1885

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

I.

Á Santa Cruz de Alhama.

Era el día cuatro del mes de Enero del corriente año.

Aun quedaba miedo en el corazón y aterrador recuerdo en la memoria de la tristemente célebre noche del veinte y cinco de Diciembre, cuando mi muy querido amigo D. Luis Seco de Lucena hasta hoy director de *El Defensor de Granada*, desde hoy héroe de la caridad, me invitó para ir en socorro de los infelices vecinos de Santa Cruz, población hundida por los terremotos y á la que no se había remitido á la fecha ni un pedazo de pan ni un girón de mísera balleta.

El día antes se había presentado el cura párroco de dicho pueblo á mi amigo, y con los ojos llenos de lágrimas y voz que la pena ahogaba, entre sollozos, le había dicho estas ó parecidas frases.

—Don Luis, hace diez días que Santa Cruz se hundió, y desde entonces sus moradores carecen de albergue, de pan y de lecho; el hambre devora á muchos, el frío nos entumece á todos, la falta de hogar acabará pronto con un puñado de criaturas, medio locas por el terror y la pena; V. que tan bien ha sabido hacer arder el fuego de la caridad en el corazón de nuestros hermanos los españoles, V. que vá á recorrer los pueblos siniestrados, no nos abandonará como todos nos abandonan, V. vendrá inmediatamente en nuestro socorro, pues de tardarse este, creo que junto á las ruinas de un pueblo, se

verán en breve las ruinas que el dolor y la miseria dejen de nuestros cuerpos.

Y el bueno del cura terminó su relato con un sollozo. Mi amigo, que le había escuchado conmovido y silencioso, le prometió ir al día siguiente en socorro de Santa Cruz y por eso en el primer tren del cuatro nos dirigimos á Huétor Tajar, desde donde saldríamos inmediatamente para el pueblo del digno párroco.

En Santa Cruz como en todas partes, había heridos y esto motivaba mi partida.

En el trayecto que hay desde Granada á Huétor puede decirse que cada quince minutos el tren se detiene, si bien las detenciones son cortísimas.

Apesar de la brevedad de estas, cada vez que el silbato anunciaba una, el despecho aparecía en el rostro de los viajeros, porque el pensamiento de la mayor parte de ellos estaba constantemente fijo en el pariente, hermano ó amigo, cuya suerte se ignoraba y á quien se iba á buscar con la impaciencia que llena el alma, cuando la espolea el acicate de la duda.

En el wagon que nos conducía, no iba un solo viajero cuya marcha no estuviera relacionada con los terremotos. Unos se dirigían á Vélez Málaga á recoger á su familia salvada milagrosamente del hundimiento de la población, otros á Periana para consolar y albergar al amigo que había quedado en el desamparo y la miseria, esotros á Loja desde donde irían á Alhama á averiguar la suerte de personas queridas, aquellos á Málaga para desalojar su casa que amenazaba hundirse y algunos al norte de España, lejos muy lejos, de Granada porque el terror no les permitía vivir en ella.

En cada estación ingresaban nuevos viajeros y al tender su mirada ansiosa por los que ocupaban los asientos, estas ó parecidas preguntas escapaban de sus labios.

—Se sabe algo de Alhama?

—Que hay de Jayena?

—Alguno de ustedes ha leído si ha muerto en Zafarraya Fulanito de tal? preguntaba una mujer con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuántos han muerto en las Albuñuelas?

Y esto se repetía en cada estación.

Por fin después del aviso del silbato se dejó oír la voz del guarda freno que decía:

— ¡Huétor Tajar! Tres minutos!

Saltamos en tierra y á poco el tren partió dejando una columna de blanco humo que manchaba en un punto el azul purísimo de los cielos.

Era la hora en que el día comienza á clarear. Á la luz tenue que daban los rosados resplandores de la alborada, pudimos ver nos hallábamnos en una llanura circular que tendría próximamente una legua de radio, limitada por pequeñas colinas.

En uno de los extremos á un tiro de bala de nosotros, velado por la última ráfaga de la tiniebla, se entrevía un blanco caserío rodeado de huertas y arbolado.

—Aquél debe ser Huétor, encaminémosnos hácia allá; dijo mi compañero tomando una vereda que seguía la dirección indicada. Y bajo la influencia de una temperatura de dos grados que entumia nuestros piés y nos dejaba insensible la nariz comensamos á andar.

Todo era bello en redor y sin embargo en aquél campo donde los primeros verdores de las mieses apuntaban; bajo aquél cielo diáfano y azulado en que mal brillaban las primeras luces del alba; la tristeza, esa tristeza que se apodera del alma en las grandes adversidades, helaba el placer en el pecho, como las gotas de rocío convertidas en cristales helaban las hojas en el tallo.

Por fin llegamos al pueblo y desde que entramos en él, advertimos que el movimiento de la tierra había dejado huella

de su paso allí. Las calles cubiertas de cascajo, los edificios apuntalados, la iglesia cuarteadada por completo, la multitud de casas grieteadas y otros mil pequeños detalles lo demostraban así. Por otra parte el profundo silencio y la soledad que reinaba en todas partes nos hizo sospechar si los vecinos habrían abandonado el pueblo.

Por fin encontramos un zagalejo, de unos catorce años de edad, al que preguntó:

—Niño, y la gente de Huétor?

—Está allá en las eras, respondió el muchacho con timidez.

Volvimos los ojos y como á unos doscientos metros de nosotros pudimos ver una porción de chozas, construidas con cañas de maiz y retama.

Cual es la choza de don José Guerrero? preguntó mi compañero á su vez.

—Aquella blanca, que es la única que hay hecha de tela en todo el pueblo y la más alta. Desde aquí no se vé bien por que la tapan las otras, pero es muy fácil dar con ella; no hay otra igual.

—Quieres guiarnos?

—Bueno.

—Pues entonces haz el favor de coger esta maleta; dije soltando el botiquin de que me habia provisto en Granada y que traia en la mano desde que abandonamos el tren.

Tomó el chico el botiquin y respiré con placer al introducir la mano entumida por el frio en mi bolsillo. La tenia materialmente helada.

—Niño, preguntele mientras nos dirigimos al campamento, y aquí ha pasado algo?

—Nada señorito, gracias á Dios. Sentimos el primer temblor la noche del veinte y cinco á eso de las nueve y el miedo no dejaba parar á ninguna persona en el pueblo. Verdad es que todo no era miedo, porque además del terremoto oimos

caer los aleros de casi todos los tejados y lo mismo podian caerse las casas, lo que no ha ocurrido, gracias á nuestro santo patrono. Además de esto despues del gordo, la tierra temblaba de cuando en cuando por lo que nos salimos á las eras, donde pasamos toda la noche rezando y mojados hasta los huesos, pues llovía á más y mejor. Al otro dia se hicieron chozas y así estamos hasta que Dios quiera, que todavia parece como que no quiere pues no pasa dia sin que haya lo menos dos ó tres temblores. Ya estamos en la choza de don José.

En efecto, mientras el muchacho hablaba, nos habíamos internado en un verdadero laberinto de casetas hechas con palos y todo cuanto para el caso puede servir y nos hallábamos ante una no del todo mal acondicionada, construida con lienzo fuerte.

Los vecinos que habia sentados á las puertas de las viviendas provisionales, nos miraban con curiosidad, y alguno que otro nos seguia, lo que motivó se formase un corro, cuando paramos á la puerta de la vivienda de Guerrero.

—Ola! caballero! gritó mi amigo.

—Señor don Luis! Cuanta honra es para mí el que usted venga á visitarnos! dijo saliendo de la choza un hombre como de unos cuarenta años, alto, moreno, de mirar espresivo y de rostro afable.

Y tras de un cordialísimo apretón de manos y los saludos de costumbre fui presentado á Guerrero, que acogió mi presentación con la mayor finura del mundo.

—Qué bien bate el cobre su periódico de V.! Duro con ellos, don Luis, duro con ellos, que si le procesan por que dice verdades á quien se lo merece, el pueblo granadino y esos infelices que han perdido ajuar, casa y familia, le bendicen y le quieren, y sabrán sacarle de cualquier aprieto. Pero vamos hácia la casa, que descansen y tomen ustedes algo.

—A la casa! no; en mi vida amigo mio, al aire libre se es-

tá mejor ó entraremos en la choza si es que en ella hace menos frío, dije haciendo ademán de penetrar en ella.

—Tienen ustedes miedo? No hay cuidado; mi casa es sólida y á la presente no hay en ella ni un desconchado; es la que mejor ha quedado en todo el pueblo. Dormimos aquí por mera precaucion, pero durante el dia la habitamos.

Y quieras que no quieras apesar de nuestras protestas volvimos á emprender el camino del pueblo seguidos del muchacho que conducia el botiquin.

Guerrero no nos habia engañado. La casa no tenia desperfecto alguno y nos dimos prisa á ocupar una silla cerca de la chimenea, en la que á poco rato, brillaba la alegre llama de una buena lumbre.

—Esto es otra cosa; dijo mi compañero acercando piés y manos á la hoguera en lo que yo le imitaba á maravilla, este calor es gratisimo, solo se conoce lo que vale cuando se carece de él. Ahora, amigo Guerrero, falta que nos busquen un guia para ir á Santa Cruz y las caballerias necesarias. Supongo que V. nos acompañará.

—Sí señor; yo no he de dejar á ustedes en tanto me necesitan. Así es que mientras se dispone el almuerzo voy á buscar lo que desean.

No habia pasado media hora y ya nos hallábamos sentados los tres junto á una bien servida mesa en la que no escaseaban los mejores productos del país. En tanto el guia y los caballos nos esperaban á la puerta.

Durante el almuerzo, que se hizo rápidamente porque eran las ocho de la mañana, Santa Cruz distaba seis leguas y queríamos volver á Huétor en el mismo dia, se presentaron muchos individuos á nosotros, al objeto de conocer y hablar al que fué el primero en pedir para los desgraciados y activó como ninguno para socorrerlos. Hablo de mi compañero, director y organizador de la cruzada, que contra la desgracia íbamos á emprender.

Se habló de los terremotos y sus desgraciadas consecuencias, y tales horrores nos contaron de los pueblos hundidos, que era imposible escuchar con ánimo sereno los detalles que aquellas gentes nos daban de las catástrofes de Albama y Santa Cruz, pueblos los más cercanos de los siniestrados, á aquél en que nos hallábamos.

A las ocho y media terminó nuestro almerzo y á poco rato marchábamos ginetes en tres caballos á los que probablemente se les echaba la silla por vez primera, pues su afacha era la de bestias encargadas de tirar del arado.

Vadeamos el rio Genil que ya en este punto es algo caudaloso, tanto que en los inviernos lluviosos hay que servirse de una balsa para ir de una á otra ribera y comenzamos á internarnos en una dehesa propiedad de los señores marqueses del Salar, que segun el guia media tres leguas en el sentido en que teníamos que atravesarla. El guia que era un muchacho como de unos veinte años, iba á pié delante de nosotros.

A eso de las once de la mañana, cuando ya habíamos andado unas três leguas, tuvimos que desabrigarnos un tanto porque los rayos de un sol esplendente templaban la atmósfera y hacian molesto el excesivo abrigo.

Iba yo algo delante de mis dos compañeros de camino y cuando salíamos de la dehesa al volver de una quebrada se ofreció á mis ojos el espectáculo de un edificio caído.

—Eh! gritó al guia que marchaba unos veinte metros delante; ¿estas ruinas son recientes?

—No señor; contestó aquél incorporándose á mí: estas tienen ya cuatro años, son las de un ventorrillo que ha hecho bien en caerse, aunque no habia otro en toda la trocha.

—Y eso por qué?

—Porque en él se reunia la gente más mala de toda la comarca. No se hacia un robo en seis leguas á la redonda que aquí no se pensara y que aquí no viniera á parar. Me acuerdo de un dia, dos años antes de que esto se hundiera;

un día del mes de Enero en que llovía á mares y yo venia con mis padres y unos arrieros desde Alhama y al pasar por la puerta del ventorrillo salieron seis hombres con escopetas y nos dieron el alto. Ya se vé, como íbamos desprevenidos, nos paramos, nos metieron en el ventorrillo, nos robaron lo poco que llevábamos y hasta nos dieron unos cuantos palos porque no supimos decirle si venia detrás de nosotros un caballero, que traia mil duros sacados de la venta de un poco trigo en Alhama. Al fin nos dejaron ir y aquel día segun se supo despues, apalearon á todo el que pasó por aquí para que dijera lo que ellos querian saber.

—Y robaron al fin al de los mil duros?

—Cá! aquél era un pez muy largo y les dió el mico viniéndose por el otro camino.

A este punto llegaba nuestra conversacion, cuando vimos aparecer en una revuelta del camino dos hombres ginetes en hermosos caballos.

—Ahí tiene V. al alcalde y al secretario de Santa Cruz, dijo el guia indicándome con la vista á aquellos.

El que venia delante era un hombre cuya edad frisaria en los treinta años, de regular estatura, de rostro musculoso y moreno que ocultaba en parte una barba negra, rizada y corta; el otro algo más entrado en años, bajito, grueso, rubio y de rostro afable, vestia como su compañero á la usanza de los labradores ricos del país.

—Que Dios guarde á ustedes señores; dijeron al acercarse quitándose los sombreros.

—Y á ustedes tambien, pero háganme el favor de cubrirse.

Hicieronlo así y despues de los saludos de costumbre, les enteré del objeto que nos llevaba á Santa Cruz y de que á unos cien metros detrás de nosotros, venia el director de *El Defensor de Granada*, don Luis Seco de Lucena.

El placer de ellos no tuvo mas grafica expresion que un

par de lagrimones que rodaron por las mejillas, del secretario. De una parte, segun me manifestaron, éramos los primeros en acudir en socorro de aquella desgraciada poblacion, y de otra iban á tener el placer de saludar á don Luis Seco, al que admiraban y respetaban por que habian visto en su periódico la campaña brillantísima que estaba haciendo en pró de los desgraciados.

Así es, que me abstendré de decir las manifestaciones de cariño y respeto de que fué objeto aquel, por parte de las autoridades de Santa Cruz.

Volvimos ha emprender pues, la marcha todos reunidos y á poco rato dimos vista al pueblo que asentado en las faldas de una colinilla mostraba á nuestros ojos sus barrios caidos. Mas que pueblo, lo que nosotros veíamos era una planicie de ruinas en las que segun nos dijeron habian hallado muertos trece individuos.

II

Como estaba Santa Cruz.

—Pues ahí tienen ustedes el cuadro del más horrible desastre que se ha registrado nunca en estas comarcas, dijo el secretario mientras á buen paso nos encaminábamos á las ruinas. Cuando pienso en la horrible noche del veinte y cinco, me dan calofrios, el cuerpo se me pone malo y no acierto todavía á explicarme lo que sucedió. Tal impresion me causa. Recuerdo que serian las nueve de la noche. Me habia levantado de junto á la chimenea con mi chiquillo en los brazos, mientras mi mujer andaba de acá para allá disponiendo la cena, cuando se oyó un ruido formidable que nos aturdió y que fué seguido de un movimiento tan horrible de la tierra, que me hizo caer. Despues sentí desplomarse el pueblo y la parte alta de mi casa. No sé lo que pasó en los dos ó tres minutos que siguieron á esto, pues el terror que ya me tenia paralizado, acababa de dominarme y enloquecido por él, instintivamente me levanté como Dios me dió á entender, con el chiquillo en brazos y seguido de mi mujer, que habia estado acurrada en un rincon sin parar de gritar como una loca, gané la puerta de la calle. Aquello era horrible. No se veia nada en absoluto por que la polvareda que producian los desplomes era densísima, tanto que asfixiaba y solo los gritos de desesperacion y dolor que se oian por todas partes dominaban de cuando en cuando el sordo ruido de los derrumbamientos. Pensé acudir en socorro de alguno de aquellos desgraciados que pedian auxilio, pero los gritos de mi mujer y

mi chiquillo que abrazado fuertemente á mi cuello no cesaba de repetir ¡Papica mio! me hicieron comprender que mi primer deber era salvar á mi familia.

Encaminéme pues con ella hácia las eras, y no recuerdo las veces que caimos en el camino, pues como ya llevo dicho no se veia jota, y los escombros nos hacian tropezar, por lo que rodábamos á cada momento. Cuando llegué allí éramos quince ó veinte los que nos habíamos tropezado y reunido en aquel densísimo mar de polvo. Inútil creo decir á ustedes que los gritos de ¡santo Dios!, las lamentaciones, los rezos y los gemidos, ni habian dejado de asomar á nuestros labios, desde que emprendimos nuestra penosa marcha, ni habíamos dejado de oirlos durante toda ella, saliendo de entre los escombros. En las eras habia otros cuantos vecinos, que se lanzaron á nosotros, (allí el polvo dejaba distinguir los bultos), ansiosos por reconocer en algunos de los que íbamos, el padre, hermano ó amigo, que presumian habia encontrado sepultura bajo los techos de su hogar.

Decir lo que allí pasó no puede decirlo nadie. Era para ver así como una hora despues del terremoto, el cuadro que ofrecia, el sitio en que nos hallamos reunidos, la mayor parte de las personas del pueblo. Los gritos de ¡Juanico! ¡María! ¡Padre! ¡Madre! ¡Hermano de mi alma! ¡Hijo mio! y otros análogos, apretaban el corazon y nos hacian llorar á lagrima viva, á todos los que teníamos la dicha de ver reunidos nuestros más queridos séres.

Algunos de nosotros, compadecidos de los que yacian bajo los escombros, volvimos al pueblo acompañados por aquellos á quienes le faltaba algunos individuos de su familia, y comenzamos á buscar entre los escombros y á sacar á todos los que con sus gemidos, rezos, ó lamentaciones, nos avisaban de que allí habia uno que necesitaba el auxilio de sus paisanos. Así salvamos á muchos y nos vimos obligados á tornar á las

eras, por que nuevos terremotos y nuevos derrumbamientos nos advirtieron del gran peligro que corríamos permaneciendo en aquellos sitios. Ya en ellas, pudimos observar que por la parte de Alhama, se veía una inmensa nube de polvo, lo que nos hizo presumir que allí habian corrido la misma suerte que nosotros. Pasamos pues, la noche al raso, rezando si teníamos que rezar, llorando cuanto podíamos y mojados hasta los huesos, pues el cielo hasta entonces despejado y sereno, se habia cerrado en nubes y caía un mar de agua. A todo esto los terremotos no cesaban, aumentando los gritos de miedo y dolor, cada vez que el suelo se estremecía. Cuando vino el día, volvimos á las ruinas y todavía salvamos á algunos infelices, despues de los que comenzamos á sacar cádaveres horriblemente mutilados y deformes, llegando estos al número de trece. La noche siguiente la pasamos como la anterior, con la diferencia de que hacia más de treinta horas, que nadie habia probado bocado. A otro día desenterramos las bestias y las quemamos, y luego cada cual desenterró lo que pudo de sus provisiones de páscua, pues era preciso comer para vivir. Despues hemos construido barracas, gracias á una gran cantidad de tablas que tenia preparadas para la venta el alcalde de Alhama y aquí nos tiene usted medio muertos por el terror y la amargura, esperando que haya quien nos socorra en nuestra triste desgracia. Los días menos mal, porque parece que la luz del sol nos dá fuerzas para sobrellevar nuestra desventura, pero las noches son horribles, los rezos, llantos y lamentaciones, nos meten el corazón en un puño, y no nos dejan un momento de reposo. Pero bajéense ustedes, añadió, cambiando de tono y deteniendo su cabalgadura el secretario, porque ya hemos llegado.

Así era en efecto. Despues de atravesar un riachuelo cuyo nombre no recuerdo, nos hallábamos en una esplanada en la que se veían diseminadas acá y allá, hasta unas cincuenta casetas de madera de diferentes formas y capacidad.

Enfrente se hallaban las ruinas del pueblo.

Apenas echamos pié á tierra, nos rodeó una turba de gente de todas edades y sexos. Era aquello mucha desgracia para no sentirse conmovido.

Rostros macilentos en los que brillaba la calentura del hambre, cuerpos cubiertos de harapos por entre cuyos rotos se veía el lívido color de las contusiones, manos temblorosas tendidas en actitud suplicante, labios cardenos que se abrian para dar salida á sollozos y gemidos, ojos que miraban con esa fijeza que hace estúpida el dolor y la amargura, todo eso en redor; y allá enfrente vestigio de la poblacion, una planicie de ruinas sobre lo que descuella el trozo de muro que resistió al embate del movimiento, la techumbre próxima á desplomarse á la menor sacudida, la habitación á medio caer en la que aun pueden verse detalles de la ocupacion que tenian sus moradores en el momento de la catástrofe y acá y allí, diseminados en aquel campo de ruinas, unos cuantos seres que más tenaces ó menos resignados saltan de escombros en escombros, buscando algo que les es necesario para la vida; ó tal vez el rincón donde murió el hermano, el padre, la esposa, ó el hijo, para llorar la desventura en aquel mismo hogar que hermocean tantos queridos recuerdos y que entristece tanta horrible desgracia. Pintar la impresion que nos produjo el cuadro que teníamos á la vista, es tan difícil como describirlo. Baste decir que aquel ambiente que respirábamos comenzaba á contagiarnos nuestra alma de la tristura que reflejaban cien semblantes á nuestro alrededor.

—Vamos señores, dijo el alcalde con tono de autoridad, á aquel puñado de infelices, á ver si dejan ustedes pasar á estos caballeros; y luego añadió, dirigiéndose á nosotros, por aquí siganme ustedes, que allí junto á mi caseta hay un pedazo de terreno bueno para lo que desean. Oye tu, Juanico, agarra estas caballerías, que les echen un pienso y las acomoden

como mejor se pueda. Y rodeados por el pueblo entero, comenzamos á andar en dirección al sitio designado por el alcalde.

—A ver si traéis una mesa y media docena de sillas. De camino avisar á los concejales, al juez municipal, al médico y al señor cura para que vengan enseguida. Con que ligero, por el aire ha hacer lo que mando.

A poco rato nos hallábamnos sentados en union de las autoridades de Santa Cruz, escepcion hecha del médico que no habia podido encontrarse, en redor de una mesa que lo más tendria una vara de larga por una de alta, en la que se veia papel, tintero, plumas, el sello de redaccion del periódico *El Defensor de Granada*, el de la parroquia, el de la alcaldía, el del juzgado y cartuchos que contenian respectivamente monedas de plata y oro, para distribuir las entre los necesitados.

—Señor secretario, dijo mi compañero, dirigiéndose al del ayuntamiento, hágame usted el favor de ocupar un sitio en la mesa y de tomar nota de las cantidades y efectos que se vayan entregando; otro de ustedes que tenga buena letra, hará lo mismo, y así nos ahorraremos el tener que sacar copia, pues no podemos perder momento; nos es preciso alcanzar en Huétor el tren correo para regresar á Granada esta misma noche.

—No escribo del todo mal, señor don Luis, dijo Guerrero aproximándose á la mesa, y creo podré servir para lo que necesitais. En cuanto á lo de alcanzar el tren, permitame usted que le diga, no es tan fácil como cree.

—Démosnos prisa y lograremos alcanzarlo, repliqué.

—Cá; ni que anduvieran ustedes á media hora por legua, lo que es imposible hacer con el ganado que traen, lo conseguirian. Esta noche dormirán ustedes aquí en esta barraca que es mia y del secretario, porque más vale pasar una no-

ehe en mala cama, que esponerse á morir helados en esos caminos.

—Claro, dijo interrumpiendo al alcalde y dejando una fuente con dulce y vino sobre la mesa, una mujer de unos treinta años, no mal parecida: mi marido tiene muchísima razon, ustedes dormirán aquí. Pero tomen un dulce y un vaso de vino, cosas que preparamos para la páscoa y que hemos sacado de los escombros con mil afanes y trabajos. Quisiéramos ofrecerles lo que se merecen, pero supla la voluntad lo pequeño del obsequio.

Hicimos lo que se nos indicaba, y despues de una ligera discusion sobre si nos iríamos ó nó, asunto que quedó pendiente, procedióse al reparto de los socorros que el pueblo de Granada habia puesto en manos de mi amigo.

Aparecieron primero los huérfanos, luego las viudas, luego los heridos, despues todo el pueblo, porque todos necesitaban auxilio.

Tres eran los que habian perdido padre y madre bajo los escombros; tres criaturitas de las que la mayor apenas si contaria seis años, que se presentaron á nosotros asustadas, temblorosas, con los ojos bajos y las mejillas llenas de lágrimas, con el rostro lleno de contusiones y la cabeza vendada, con el recuerdo de la catástrofe en la memoria y con las palabras de ¡Dios mio! en los lábios.

—Esto es una lástima, señores, dijo el secretario, si hubieran ustedes conocido á los padres de esos dos mayores!... Eran la misma honradéz, todo el mundo los quería y... ya lo ven ustedes, lloro de acordarme de ellos.

Así era en efecto. No solo el secretario, todos llorabámos escepto el más pequeño de los huerfanitos; un bebe de dos años, rubio como las espigas y hermoso como un querubin, en cuya inteligencia el miedo y la amargura no tenían cabida, por lo que nos miraba sonriendo, mientras que sentado

en el suelo agarraba con sus pequeñas manitas, sus pies descalzos.

— Señores, es necesario que alguien se encargue de estos huérfanos, dijo mi amigo. Si hasta aquí todo el que ha podido les dió pan cuando lo necesitaron, es preciso que se les dé algo más que el alimento del cuerpo. Estos niños se morirían sin cariño ó se harían criminales si se les abandonara en manos del destino. Quien quiere adoptar los chicos?

Tres parientes lejanos de los mismos, se presentaron y la adopción quedó hecha en forma después de lo que se gratificó con cincuenta pesetas y un traje para los prohijados á cada uno de los adoptantes.

Mientras los socorros se distribuían, guiado por un vecino del pueblo, me dediqué á curar heridos, llegando estos al número de diez y nueve, de los que diez y siete tenían heridas contusas, uno fractura de la pierna izquierda y otro una fractura doble de la clavícula derecha.

Pasaré por alto los detalles de todas estas curaciones, las miserias y lágrimas que tuve ocasión de contemplar y las muestras de agradecimiento de aquellos infelices.

Cuando torné al sitio donde se repartían socorros, ya se había terminado la distribución y tuve la satisfacción de saber que no solo se habían socorrido las desgracias particulares con dinero y efectos, sino que quedaba asegurada la subsistencia de los heridos y gente impedida para el trabajo, por espacio de veinte y cinco días, gracias á un donativo de cincuenta raciones diarias de pan, arroz y bacalao.

Todo el mundo quedó tan satisfecho, que los gritos más entusiastas de agradecimiento nos asordaron por espacio de largo rato. Intentamos recorrer las ruinas, y el pueblo en masa nos siguió, por lo que hubo necesidad de contenerlo por la fuerza, pues era expuestísimo penetrar en ellas, y casi seguro que al penetrar todos, hubiera ocasionado desgracias.

El aspecto de aquellos hogares caídos, no podía ser más

imponente. Los que nos acompañaban nos referían las escenas de horror que habían tenido lugar en cada una de aquellas casitas, convertidas en sepulturas en ménos de un minuto, y estas historias contadas entre sollozos y con los ojos cuajados de lágrimas, hacían más triste el cuadro de aquellas ruinas. Ni una calle por la que se pudiera transitar, ni una casa cuyos muros hubieran resistido la convulsión de la tierra, ni un techo que ofreciera albergue, todo caído, roto y destrozado. Escombros que cubren por completo las calles, trozos de muro que se derrumban á la menor trepidación, pilarteros que se alzan escuetos y solos, vestigio de un hogar, por todas partes desolación que entristece y que dibuja los contornos vagos en nuestra mente, de las escenas de la horrible noche del veinte y cinco, haciendo sentir el terror en el pecho, y el llanto en las mejillas.

La iglesia caída por completo, y de su torre cuyos muros tendrían un metro de espesor solo queda en el mismo plano del terreno donde ella se alzaba, el vestigio de sus cimientos. Diríase que así como el añoso roble cae á los golpes de hacha del leñador, así la torre había caído al impulso de una máquina que la había cortado á nivel del suelo. Tal era la regularidad del corte.

Volvimos al campamento y después de una comida que consistió en pollo con arroz, pues no había otra cosa en el pueblo, en un pan que contaba diez ó doce días de fecha y que nosotros encontramos sabrosísimo y en un vino que tenía marcado sabor á brea, decidimos quedarnos aquella noche en Santa Cruz, pues no había medio hábil de alcanzar el tren.

El itinerario se fijó de la manera siguiente: A las cuatro de la mañana del día inmediato nos pondríamos en marcha para Alhama, los que habíamos venido de Huétor y el secretario y alcalde de Santa Cruz, tornando á almorzar á este punto; después iríamos todos á Cacin, Turro y Moraleda,

procurando llegar á Hnétor á la hora del tren, en el que regresaríamos á Granada todos, excepcion hecha del guia y de Guerrero.

Tomamos pues, sitio junto á una hoguera inmensa que alimentaba madera de techumbres y nos dispusimos á pasar la noche de la mejor manera posible.

III

La noche.

El sol habia ocultado sus rayos tras las nevadas cumbres de sierra Tejea, y sus postreras luces daban rojizas tintas á la neblina que velaba un tanto el horizonte. Girones de la tiniebla comenzaban á borrar contornos y á esconder detalles en sus oscuros pliegues y la brisa, ese cierzo helado de los inviernos, agitaba la roja llama de la hoguera, variando su forma en cada soplo con caprichosa inconstancia y produciendo ese rumor triste y monótono que convida al silencio y á la meditacion.

Estábamos sentados en derredor de la lumbre y gruesos capotes de monte nos envolvian preservándonos de la helada que comenzaba á caer. Acá y allá, en la puerta de cada barraca brillaban las hogueras, en torno de las que se agrupaban los vecinos de Santa Cruz.

De pronto la voz sonora del padre de almas, se oyó pronunciando las frases de *Sea eternamente bendito y alabado*, principio del rosario; todas las conversaciones cesaron y un rezo imponente, lleno de fervor y de fe, uno de esos rezos en cuyos ecos vibran, la súplica y el desconsuelo al mismo tiempo, se dejó oír magistuosamente, dominando los ténues ruidos de la noche, haciendo elevar la mente á Dios y acallando en el pecho las voces de lo mundano.

Despues del rosario, se rezó por los muertos. A cada nombre pronunciado por el párroco, respondia el gemido de los parientes del difunto; luego aquel gemido se apagaba en el rumor de un millar de voces que entonaban la oracion y mas

luego, el gemido volvía á oírse, llenando el alma de dolor y desconsuelo. Por fin se terminó el rezo con entusiastas vivas al *Defensor*, á su director y á la ciudad de Granada.

La noche habia cerrado por completo y tanto habia descendido la temperatura, que los piés se helaban allí al borde mismo de la hoguera, que con sus resplandores, apenas si lograba disipar la sombra en derredor.

—Pues señor, dijo el alcalde, van ustedes á pasar una mala noche, pero que ha de hacerse; quisiéramos tener un palacio, mas solo podemos ofrecerles un par de colchones, y un techo de tablas que preserve de la helada y del viento. En cuanto ustedes quieran nos metemos debajo de él.

—Ahora mismo si les parece, porque la helada aprieta y á pesar del capote, la estoy sintiendo en las espaldas, dijo mi compañero poniéndose de pié.

En esto apareció un hombre alto envuelto en un capote con cuello de piel, que nos saludó con unas expresivas buenas noches.

—Muy buenas, don José. Aquí tengo el gusto de presentar á ustedes el médico de Santa Cruz, que no ha venido antes á saludarles, porque los enfermos de los alrededores le han detenido.

—Es cierto cuanto dice el secretario, respondió aquel, y despues de los acostumbrados saludos, nos dirigimos todos á la barraca.

Ya en ella tuve ocasion de reconocer en el médico de Santa Cruz á un antiguo compañero de Universidad que tenia la desgracia de haber perdido algunos individuos de su familia en Arenas del Rey, pueblo donde ésta residía. Este pesar indudablemente era lo que velaba el fulgor de su mirada y lo que le hacía permanecer callado y ageno á la conversacion que teníamos entablada.

Ocupábamos el centro de la barraca, que tendría unos seis metros de larga por tres de ancha. El suelo estaba cubierto

por una gruesa capa de paja, y en cada extremo se veía un entarimado, que indudablemente debía servir de catre.

Las paredes formadas de tablas, se dirigian la una á la otra y formaban enmedio un ángulo agudo, único punto donde se podía estar de pié. La construccion como se vé, no podia ser mas sencilla. Dos piés, uno en cada extremo que sostenian un palo y tablas que se apoyaban en el suelo y en el palo formando un triángulo cuya base era el suelo.

Estábamos pues, medianamente albergados. Se hablaba de cosas relacionadas con la catástrofe y se disputaba un puesto para los piés en torno de un brasero lleno de áscuas que brindaba con grato calor. Me hallaba abstraído y pensando en la enormidad de la catástrofe, cuando vino ha sacarme de mi abstracion la voz cascada y chillona de una anciana, que llena de fervor, y con un acento que revelaba miedo y contricion dijo:

Por las ánimas benditas
que en el purgatorio están;

El pueblo en masa respondió á la voz de la anciana:

¡Que Dios las saque de penas
y las lleve á descansar!

Por las ánimas benditas
que en el purgatorio están:

volvió á repetir la voz primera, y el pueblo respondió como la vez anterior. Y así siguieron cantando en el mismo tono y repitiendo ocho veces cada versículo de aquella salmodía fúnebre, cuyos ecos sembraban el alma de tristeza y miedo. Cada vez que se variaba de letra, se rezaba un padre nuestro. El segundo versículo era como sigue:

Todos los santos del cielo
adoran la santa cruz;
por que es árbol de esperanza
y en ella murió Jesús.

Habia algo de grandioso é imponente en aquel canto lúgubre, entonado en el campo, en medio de la noche y lleno de la fé que le comunicaban aquellos infelices, en cuyas inteligencias, la idea de la destruccion del mundo se habia afe-rrado de tan fuerte manera, que hubiera sido imposible convencerles de la posibilidad de que no se repitiese el fenómeno.

—Esto es perjudicial á esos infelices, señor cura, no pude por menos de decir, la postracion y el abatimiento domina á estas sencillas gentes y se aumenta cada vez más con esos fatídicos cantos. Segun veo, aquí todo se espera de Dios y nada de sí mismo, lo que origina el pánico, pues los terremotos no cesan y llegarán á creer que la cólera divina vá ha confundirlos para siempre. Bien está el rezo por que consuela y fortalece el espíritu, pero el reposo de la inteligencia, hace discurrir con lucidez, y la esperanza de la vida levanta las fuerzas del cuerpo. En una palabra, es preciso hacerles olvidar el desastre y que se dediquen á sus faenas habituales para que salgan de ese marasmo en que se hayan sumidos, lo que se conseguirá haciéndoles rezar ménos y trabajar algo.

—Y que quiere usted que yo les haga, replicó el buen cura. Aquí la supersticion es la cualidad dominante de todas las inteligencias y es muy difícil combatirlas. Rezando y llorando pasan la mayor parte de la noche y asustados y vagamundos todo el dia. A más de esto, corre como verídica entre ellos, la historia de una aparicion que ha predicho el fin del mundo y que voy á contar á ustedes. Y el bueno del cura comenzó un sencillo relato lleno de supersticion que debia hacer profunda mella en el ánimo de los vecinos de Santa Cruz.

No se haría aún á la mitad de él, cuando un ruido formidable que solo podría compararse con el ruido producido por una descarga de artillería hecha en el interior de una mina. Todos nos levantamos pálidos y asustados, el suelo se estremeció con fuerte violencia y luego el terreno sobre que estaba cons-

truida la barraca, osciló cuatro veces de norte á sur, como oscilar puede la nave azotada por el viento de la tempestad.

Las tablas de la barraca que no tenían más trabazon que el simple apoyo que las daba el palo, chocaron entre sí, produciendo un ruido extraño y cuando todo cesó, pudimos oír la voz de la vieja que con más fervor que nunca, repetía los dos primeros versos del canto, seguida del lúgubre coro que formaban los demás devotos, al decir

Que Dios las saque de penas
y las lleve á descansar.

—No hay que asustarse señores, esto es muy poca cosa para lo que estamos acostumbrados en este país. Terremotos como este en tiempo de sequía nos han alegrado, pues la lluvia sucede siempre á los temblores. Siéntense y reanudemos nuestra conversacion.

Hicimos lo que nos indicó el secretario, pero tanto mis compañeros como yo, habíamos perdido la tranquilidad y permanecíamos sin tomar parte en la conversacion.

En mi imaginacion comenzó á dibujarse la topografía del terreno que ocupábamos, y recordé que la era sobre que asentaba la caseta, se hallaba al borde de un cortado de alguna elevacion, de lo que deduje la posibilidad, dado caso de un movimiento fuerte, del desprendimiento y caída del suelo que nos daba apoyo. Me abstuve sin embargo de participar mis temores á los demás, pero como el miedo abulta los peligros y como todos estábamos bajo igual impresion, no nos faltó un pretexto hábil para abandonar la barraca. No sé quien aseguró que el frio habia calmado bastante y propuso un paseo por las eras, proposicion que fué aceptada sin pérdida de momento.

Salimos, pues, rebozados en nuestros capotes y ya lejos de la barraca, pudimos respirar tranquilamente sin temor á derrumbamientos y lejos del canto, cuyo eco llegaba allí como rumor indefinible.

Yo iba detrás con un vecino del pueblo y me detuve un momento á contemplar el panorama, que los reflejos de una luna clarísima ofrecían á nuestros ojos.

Al principio, la curiosidad me hacía contemplar el cuadro, con la avidéz del que vá á encontrar lo que nunca vió y probablemente no volverá á ver, despues comencé á sentirme fascinado por el terrible aspecto que las ruinas ofrecían, luego la fascinacion llegó á su colmo y en mi cerebro se dibujó el pueblo tal y como el era antes de la catástrofe, con sus casitas blancas como el hielo de las vecinas cumbres, con su vida apacible y tranquila, con su iglesia de rojizas paredes, flanqueada por gótica torre, en cuya cúspide el signo de redencion con sus brazos abiertos, parecía proteger al pueblo... pero nó, la desilusion reemplazó pronto al engaño; allí no habia más que hogares trocados en cementerios, lamentos de dolor, en reemplazo de la enamorada cantinela, lágrimas en vez de sonrisas, suspiros imagen de recuerdos gratos, plegarias ahogadas por convulsos sollozos... y rezos fatídicos, rezos cuyos ecos no aprisionados por las paredes del cristiano recinto, vagaban por la inmensidad como notas perdidas, ténues, vagas, sin armonía, sin concierto que traen á la mente del que las escucha, el recuerdo doloroso de muertas y queridas ilusiones, que despiertan en el alma las más dormidas voces de pasadas amarguras.

Allí, al borde mismo del teatro de la catástrofe, junto aquellos muros que levantó la mano del hombre para abrigo y vida, y que trocó la fuerza subterránea en arma mortífera, allí en el campo mismo donde aún flotan la última queja del moribundo, y el grito de salvaje alegría, con que el padre saludó al hijo á quien lloró perdido; el alma sufre ante el mundo de recuerdos evocados por cuanto hay en derredor y el corazon late y late, como ganoso de elaborar vida y calor, para los faltos de calor y vida. Luego aquel último terremoto cuya violencia habia conmovido las entrañas del suelo de

tan violento modo, me hacía sentir un algo de terror, y aquella lucha de encontrados afectos, creaba una situacion excepcional que dominaba, que enloquecía, que hacía padecer.

Al fin vino á sacarme de mi abstraccion, la voz del secretario que decía:

—Acabarán ustedes por helarse, si siguen quietos en ese mismo sitio. Vengan hácia acá y verán una cosa curiosísima.

Hice lo que se me indicaba y á poco penetré en una gran barraca de la misma forma que la que nosotros ocupábamos, pero tan grande que tendria unos veinte y cinco metros de larga por cinco de ancha. Aquel era el refugio de los que no habian podido salvar ni un solo mueble de su ajuar y por consiguiente, no teniendo nada que guardar, les bastaba con un pedazo de suelo cubierto de paja para dormir, con tal que este estuviese resguardado de la intemperie.

Tantos eran los que en este caso se encontraban, que aquello era literalmente un almacen de carne humana; era imposible contarlos, pues las formas de cada uno se confundian con las del inmediato, lo que era ventajosísimo, pues á no ser por esta disposicion se hubieran helado por falta de abrigo. Salimos al fin de aquel asilo de la miseria, que tal era la barraca en cuestion y comenzamos á pasearnos en las eras al objeto de desentumir los piés, insensibles ya por la baja temperatura.

—Compañero, por qué tan preocupado? dije, dirigiéndome al médico de Santa Cruz, que triste y pensativo caminaba junto á mí.

—¡Ay amigo mio! desgracias, pérdidas irreparables que nunca lloraré lo suficiente y que me llenan de tristeza y desconsuelo. Y el médico cediendo á mis instancias, me contó lo que voy á referir á mis queridos lectores:

—Me hallaba, dijo, en Arenas del Rey, punto en el que

mi familia, compuesta de padre y hermana, residía y á donde habia ido para celebrar con ellos la solemnidad de la páscoa.

En el momento del terremoto me encontraba en la plaza del pueblo. Lo que allí pasó no es para contado, sinó para visto y oído, pues no hay palabra con que referirlo. Figúrese usted, un suelo que se mueve como las olas del mar, en los momentos de tempestad, un pueblo que se desploma en menos tiempo del que se dice, una nube de polvo que ahoga como los gases más mortíferos, un millar de séres que gritan en demanda de socorro, y un corazón que se aterra, se empequeñece, casi se para, aturdido por aquella mezcla de cosas estrañas, y es fácil formarse una ligera noción de lo que pasó por mí en los críticos momentos del desastre.

¿Cuanto tiempo me duró este paroxismo de terror? lo ignoro; solo recuerdo que estuve tendido, con el rostro pegado al suelo, esperando la muerte en cada segundo, hasta que el recuerdo de mi familia despertó en mi pecho, el vehemente deseo de saber la suerte que habian corrido, y de auxiliarla si le era necesario.

Me levanté pues, y el instinto más bien que los sentidos, me llevó al sitio donde antes se encontraba mi casa, convertida en ruinas en menos de un minuto. La voz de ¡socorro! ¡socorro! con que mi padre clamaba auxilio, me guió entre aquel laberinto de escombros, y cuando llegué al sitio en que la voz se oía más inmediata, comencé á trabajar con ardor febril, cabando con las uñas, destrozándome las manos, empujando con el cuerpo para hacer rodar algun trozo demasiado grueso, y levantando con el hombro y con la cabeza alguna que otra viga que dificultaba mi propósito.

Por fin logré lo que deseaba. Habia abierto un agujero capaz de dar paso á mi cuerpo, y me precipité en él con el ansia que puede usted figurarse. Comencé á palpar en medio de aquella oscuridad, guiándome por unos gemidos que llegaban á mí como ecos de muerte, y á poco mis manos en-

contraron unos brazos que se agitaban convulsivamente. Tiré de ellos y despues de grandes esfuerzos, conseguí mover el cuerpo con libertad. Cargué con él, salí á la superficie, lo dejé sobre el cascajo, comencé á palparle deseoso de saber toda mi desgracia y unos débiles latidos del corazón, me dieron á entender que no era un cuerpo muerto lo que habia desenterrado. Seguí palpando y al llegar á la cabeza, mis manos se humedecieron con un líquido pegajoso que debia ser sangre. ¡Cuanto hubiera yo dado por una luz en aquellos tristes momentos! Pero no habia que pensar en semejante cosa; yo no podia proporcionármela ¿y á quien la pedia cuando todos y cada uno se ocupaban en llorar, en llamar á gritos á los séres queridos, ó en cavar como locos en los escombros para desenterrar á los infelices sepultados?

El agua que caía á torrentes, reanimó un tanto á mi padre, que á él era á quien acababa de salvar, y con voz tan débil que apenas se oía y que yo percibí por la gran atención que le consagraba barbotó más bien que dijo, estas palabras:

—¡Mi hija! tu hermana!

Comprendí el terrible significado de aquellas frases y me lancé al agujero, del que no hacia dos minutos acababa de salir.

Volví á mi anterior exploracion, en medio de un silencio que me daba miedo, interrumpido solo por lo que allí llegaba de los gritos, de los infelices que se hallaban arriba. Creo que duraria media hora esta segunda exploracion, al cabo de la que encontré el extremo de un zapato sobresaliendo de entre los escombros. Cavé con las uñas con toda la energía de un desesperado y cuando me hallaba á la mitad de la operacion, un violento terremoto se dejó sentir acompañado de nuevos derrumbamientos. Creí llegado el último momento de mi vida, pero no estaba de Dios que pereciera, y á poco el cuerpo de mi hermana yacía junto al de mi padre. Con la terrible ansiedad que yo busqué el corazón, nadie puede decir-

lo, como tampoco lo que espermenté cuando me convencí de que mi hermana había muerto. Que más podía hacer? Llorar; y así lo hice. Sentéme al lado de aquellos dos seres queridos y pasé la noche llorando como un niño, escuchando los gritos de todos mis convecinos y sintiendo un incontable número de oscilaciones, que aumentaban el horror de aquella noche de desgracia.

Por fin la luz del día vino á iluminar aquel campo de muerte y desolacion, curé á mi padre que tenia una herida profunda en la parte posterior de la cabeza, limpié el rostro de mi hermana, compuse algo sus vestidos y volví á caer desfallecido y cobarde en el sitio que habia ocupado toda la noche. En el rostro de mi infeliz hermana se pintaba todo el sufrimiento horrible de una larga agonía. El color de su piel y la falta de lesiones, manifestaba claramente que habia perecido ahogada por los escombros. ¡El género más terrible de asfixia que puede darse!

Seguí todo el día llorando y viendo pasar por delante de mí á gentes enloquecidas que vagaban de acá para allá sin rumbo fijo y sin dirigirme más preguntas que concernientes á individuos de su familia que no parecian. Y es que el egoismo en trances tan apurados como el presente, se revela de una manera feroz.

La noche iba á volver de nuevo y solo de pensarlo me estremecía de terror. El cadáver de mi hermana no podia permanecer insepulto, supliqué á algunos de los que pasaban, la enterrasen, pero ese egoismo que me hacia pedir á mí lo que tal vez yo no hubiera hecho por otro, motivaba el que mis peticiones no fueran atendidas por nadie.

La idea de que los lobos que suelen bajar á estas montañas y las bandadas de cuervos, que desde el medio día habian aparecido como puntos negros en el horizonte, guiados sin duda por su terrible instinto pudieran hacer presa de sus carnes, me dió el valor necesario para apurar todo lo inmenso de mí

desventura y consumir todo lo horrendo del sacrificio. Cargué con el cuerpo, fuí al cementerio y deshice lo que habia hecho, esto es, enterré la desenterrada y...

El médico se cubrió el rostro con las manos y un sollozo largo, convulso, entrecortado, ahogó la palabra en su garganta.

—Vamos compañero, le dije, mientras me limpiaba el llanto que corría por mis mejillas, valor, valor, no hay que desesperarse amigo mio, Dios es grande y todo tiene su límite en esta vida.

Despues de un rato de exhortaciones y consuelos, calmóse algun tanto mi compañero, en el momento en que los de la expedicion vinieron á participarme su decision de volver á la barraca y pasar la noche como mejor se pudiera. Volvimos pues á ella, y á escuchar el lúgubre canto de que ya hemos hecho mencion.

En uno de los extremos de la vivienda provisional, se nos habia preparado sobre un entarimado, una cama con bastante abrigo y muy ancha, en la que dormimos, Guerrero, Seco y yó; al guia se le habia acomodado en otra parte.

Cuando ya estábamos acostados y bien arrebujados en buenas mantas, Seco me preguntó:

—Amigo mio, que le parece á V. de todo esto?

—Que es inmensa la desgracia de esta pobre gente, é inmensa la satisfaccion que se experimenta aliviándola en lo que se puede, le contesté cerrando los ojos.

Todavía antes de dormirme, tuve ocasion de escuchar la voz de la vieja que decia:

Por las ánimas benditas
que en el purgatorio están...

I.

Alhama.

Me despertó el ruido que hacía uno de mis compañeros al ponerse las botas de montar.

Un candil colgado en el centro de la barraca daba con su luz agonizante y trémula, fantástico aspecto á los sitios donde la claridad luchaba con la tiniebla sin lograr disiparla.

En el extremo opuesto al que nos encontrábamos se distinguían las camas donde dormían arrebujadas las familias del secretario y el alcalde.

—Que hora es? pregunté bostezando y haciendo movimiento como el que quiere desatar su cuerpo de las ligaduras del sueño

—Van ha dar las cuatro; con que arriba, que nos vamos á Alhama.

Me encontré dispuesto á marchar en menos de un minuto lo mismo que mis compañeros, porque todos nos acostamos vestidos, escepcion hecha de las botas que era lo único de que nos habíamos despojado

A poco nos hallamos á la puerta los expedicionarios hasta Huétor, que como saben nuestros lectores, eran el alcalde y secretario de Santa Cruz y los que habíamos venido de aquel punto.

Además se agregó otro guía, pues el nuestro no tenía bas-

tantes conocimientos del terreno, para llevarnos por el camino mas corto sin peligro de estraviarnos.

Después de tomar un poco aguardiente para combatir algo el intensísimo frío que hacía, emprendimos la marcha á esa hora en que todavía el lucero de la mañana se muestra como flor de oro en los azules velos del horizonte. Poco á poco la luz del nuevo día fué dando tintas á las blancas cumbres de sierra Tejea, y mostrando á nuestros ojos el accidentado terreno que allí á lo lejos se confundía en línea vaga y ondulosa con un cielo sin nubes y sin neblina.

Por todas partes se veían huellas de los terremotos, pero tan marcados que muchos montecillos y colinas presentaban en derredor de su base y menos frecuentemente en otras direcciones anchas grietas, de invisible profundidad en los que la mano entraba con completa holgura.

De los cortijos de aquellos alrededores solo uno se conservaba en pié. Los demás que son muchos, yacían en el suelo, completamente deshechos, guardando aun bajo sus muros esparcidos en mil fragmentos, cadáveres de colonos y bestias de labor y la semilla que llenaba sus graneros, única riqueza de aquellos desgraciados.

Uno de estos cortijos situado en la pendiente de una loma mostraba en pié sus frentes de mampostería, negros como la noche.

—Aquel que vé V. allí, dijo el alcalde, es el cortijo de la Polilla, que lo habitaba Juan Lopez, natural de La Peza con su mujer y tres hijos. Todos perecieron, pues la lumbre de la chimenea á consecuencia del hundimiento, prendió el pajar y esos infelices han sido extraídos enteramente carbonizados. No nos ha sido posible reconocer sus cadáveres porque aquellos cuerpos negros, arrugados, horriblemente mutilados, empequeñecidos, cortos y escualdidos por la acción del fuego, no presentaban otro vestigio de seres humanos, que sendos mechones de cabello en la parte posterior de la ca-

beza, sitio adonde las llamas no podrian llegar por impedirlo quizá el tenerla apoyada contra el suelo y enterrada en cascajo.

Lo que acababa de contar el alcalde nos puso á todos tristes y silenciosos y hasta el cabello se me erizó pensando en la horribleagonia de aquellos infelices.

Seguimos al paso de nuestras cabalgaduras aquel camino sembrado de episodios análogos á los que acababa de oír y al llegar á una revuelta del mismo, percibimos un fuerte olor á ácido sulfúrico y nos sorprendió la vista de una nubecilla que escapaba del suelo y se disipaba en la atmósfera con perfecta regularidad y constancia.

—Es un manantial que ha aparecido la noche del veinte y cinco, dijo uno.

—Veámosle, replicamos casi á un mismo tiempo dos ó tres de los expedicionarios.

En menos de diez minutos llegamos al sitio donde habia brotado aquel raudal de aguas termales.

Era aquel la pendiente de un haza propiedad de un tal Valladares, natural de Alhama, distante de esta poblacion unos tres kilómetros. Brotaba el agua de una abertura circular que tendria de luz unos veinte centímetros, por la que escapaba á borbotones y en gran cantidad el agua medicinal, formando un arrollo mediano que iba á perderse en el cercano riachuelo. En todo el trayecto los gases se desprendian en bastante abundancia ocasionando el olor á huevos podridos de que ya he hecho mencion y dando un aspecto nebuloso al fondo del barranco por donde el chorro llegaba al rio.

Hubiera dado cualquier cosa por tener un termómetro, pero tuve que contentarme con establecer una comparacion entre el calor de mi mano y el de la fuente, deduciendo de ella que la temperatura de aquel agua debia oscilar entre 40 y 45 grados centígrados. En cuanto á la direccion del conducto que exploré, valiéndome de una larga caña, era si nó del to-

do vertical, muy aproximada á esta, pues no llegué á encontrar fondo á pesar de que la introduje en este sentido varias y repetidas veces. El agua aquella en manos peritas, puede llegar á ser un verdadero filon, pues es fácil adivinar, que posee virtudes medicinales como todas las que brotan en las inmediaciones.

Volvimos á montar y pronto dejamos atrás aquella fumarola de gases que el cambio de temperatura desprendia del agua.

Ya estábamos cerca de Alhama, aún no la veíamos, y ya se percibia el aliento de la que fué rica ciudad, en los cánticos de sus ocho mil hijos, que como una sola voz grandiosa é imponente, nos anunciaba lo horrible, lo inmenso de la desgracia que pesaba sobre la antes hermosa poblacion.

Como pintar el aspecto de aquellas ruinas? Como referir la multitud de episodios ocurridos? No lo sabemos hacer por que el sentimiento detiene nuestra pluma, embarga aún nuestro corazon y apaga en el cerebro las luces de la idea, haciéndonos experimentar allí en los más recónditos pliegues de nuestra alma, ese algo indefinido y doloroso que se siente en los momentos más difíciles de la vida, esa impresion amarga que paraliza las facultades y obstruye los sentidos, cuando en la inteligencia se pinta una de esas páginas de la historia de la humanidad, engrandecidas por lo horrible y bárbaro de los hechos en ellas consignados.

Llora Alhama! ciudad de dos mil hogares que yaces en el suelo guardando bajo tus muros rotos los cadáveres de cuatrocientos sesenta y tres hijos tuyos! Llora Alhama! Que ni trozo de techo, ni migaja de pan, ni misero gergon puedes dar á quinientos infelices que gimen heridos en el duro suelo, que diariamente estremece la poderosa fuerza subterránea! Llora Alhama! Tus mujeres visten el negro crespon de las viudas, tus niños mendigan el misero pan del desgraciado huérfano, tus muertos no duermen el sueño eterno en el

lugar bendito, tus vivos sienten helarse el llanto en la pálida megilla sin fuego que aminore el frío, sin hogar que preserve de la intemperie, tus madres enloquecidas buscan el hijo entre tus muros rotos, tus vírgenes lloran la muerte de sus ilusiones, tus religiosas huyen despavoridas del santo recinto altar de sus preces y sus oraciones, tus templos no existen, tus riquezas han desaparecido, tus habitantes imploran el pan de la caridad que la madre patria hace correr como abundoso río desde el corazón de sus hijos á tus desolados campos; ¡llora Alhama! que de tus placeres y goces solo queda el recuerdo y tus desgracias aún destilan sangre y lágrimas!

¡Y aún hay quien invoque el nombre de Dios para hacerle autor de tamaña obra! Nó, mentira; el Dios del cristianismo sabe morir en la redentora cruz y perdonar en los más amargos momentos de su agonía; el Dios del cristianismo condena la ira y predica la humildad; el Dios del cristianismo, el que eligió el establo para cuna y el Moria para calvario, es todo amor, todo caridad, todo perdón y no desgarra el corazón de la casta esposa que descansa en tranquilo sueño en brazos del compañero de su vida, el de la madre que durmió á sus hijos al arrullo de besos y plegarias, el del niño que vé en su sueño el rostro bendito del ángel de su guarda con sus alas tendidas sobre la blanca cuna, en pago del rezo que cerró sus párpados y dejó en sus labios la leve sombra de angelical sonrisa. ¡Pueblos! ¡Pueblos! Hasta cuando el fanatismo ha de ser valladar insuperable á la razón y la ciencia aurora de nuestro primer día, ha de permanecer envuelta en la negra penumbra de nuestra ignorancia?

Pero volvamos á nuestro relato. A medida que nos acercábamos á la población, el desastre iba acreciendo á nuestros ojos y se iba mostrando con toda la magestad sombría de los grandes cataclismos y con toda la horrible amargura de las grandes desgracias.

Á la derecha del camino una inmensa tienda de campaña que mediría unos cuarenta metros de longitud, se veía arrancar de un suelo blanco por la abundante escarcha, y sobre ella la bandera roja del hospital de sangre, movida por las brisas de la mañana, flotaba como pregon de luto y señal de lágrimas sobre el recinto del dolor y la desventura.

Ni una tienda más en todo lo que alcanzaba la vista que resguardara de la intemperie á los infelices hijos de Alhama en las crudas noches del helado Enero, solo el hospital habia sido construido á aquella fecha y sin embargo los heridos no podian cobijarse bajo sus lienzos por que el frío complica las heridas con el tetanos, y la horrible complicacion habia aparecido ya bajo los viejos muros de un templo convertido en hospital en los primeros momentos, muros que podian convertirse en sepulcro á la menor trepidacion, pero donde la temperatura se modificaba y era compatible con la vida de los que yacian en el lecho del dolor.

Acá y allá destacando sobre la blanca escarcha y subiendo en caprichosas formas, centenares de hogueras, en redor de las que vivaqueaban multitud de seres de todas edades y sexos, y allí al borde del camino algunas criaturas más bien, algunos cadáveres galvanizados por un último soplo de vida hijo de la energía que presta la desesperacion, ateridos por el frío, temblorosos por el hambre, desencajados por el terror, vagaban ó yacian en el duro suelo, ajenos á cuanto pasaba en torno suyo.

Solo conociendo los datos estadísticos de las pérdidas que sufrió Alhama á consecuencia del terremoto, puede comprenderse el estado de ánimo de sus habitantes, entre los que probablemente no habria uno que no tuviera muertos por quien orar, heridos á quien dar consuelo, huérfanos á quien prestar amparo, pérdidas que lamentar y miedo que sacudir del corazón amilanado y pequeño por tan rudos golpes y tan fuertes emociones.

dura, hija del enorme peso que mantenía entre sus hierros, debido al desplome de una techumbre. Más allá se veían unos cuantos hombres intentando mover unos sillares caídos, lo que al fin lograron con uno, que dejó al apartarlo un hueco por el que era fácil penetrar bajo las ruinas. De el agujero salió un gato dando malditos lastimeros y arrastrándose con dificultad por el suelo. El animal había estado nueve días enterrado, y sin embargo aún vivía.

No pude por menos de pensar en los desgraciados que yacían aún bajo los escombros. Probablemente algunos de ellos por un capricho de la fortuna, habrían quedado enterrados, pero no aplastados, y tras los sufrimientos de una larga agonía, combatidos por el desaliento y animados por la esperanza de ver aparecer una mano amiga y salvadora, habían muerto al fin de hambre y miedo, bajo sus propios hogares.

Llegamos al tajo, sitio el más pintoresco de la población. Toda la acera de casas que se levantaba al borde del mismo, aparecía como cortada por un cuchillo al nivel del suelo. Los edificios habían caído al fondo del barranco, á cuyo borde se alza el tajo, habiendo aplastado al caer los molinos y casas allí situados.

La fortuna había sido caprichosa hasta la exageración. Muchos individuos que cayeron desde aquella altura, que causa vértigos á quien se asoma á ella, escaparon con vida, dándose el caso de que una niña, solo se hiciera una ligera contusión en la mejilla. En cambio todos los que quedaron arriba bajo los escombros, perecieron.

Recorrimos las calles del Siso y otras muchas, en las que no había quedado ni un solo muro en pie y en donde se percibía un fuerte olor, producto de la descomposición cadavérica de seres humanos y bestias de labor, volvimos á la plaza, montamos en nuestras cabalgaduras y emprendimos el camino de Santa Cruz.

A poco rato respiré con amplitud. Ya no se veía á Alhama, quedaba detrás con sus muertos y sus oraciones, con sus lágrimas y su desesperación.

V.

El regreso.

Una hora despues almorzábamos en Santa Cruz rodeados de todo el vecindario. Durante el almuerzo, hubo ocasion de repartir aún algunas limosnas á los que por inadvertencia ó olvido no fueron socorridos el dia anterior. A más de esto, el cura, la señora del alcalde y la del secretario, recibieron cien pesetas cada uno, que habian de distribuir en limosnas de media peseta, entre aquellos que por su infelicidad lo fuesen necesitando.

Llegó por fin la hora de la partida y á todos nos conmovieron los gritos de entusiasmo y agradecimiento con que nos despidió la gente de Santa Cruz. Los vivas á Granada y al *Defensor*, sobresalian entre otros muchos cariñosos saludos que nos dirigian al pasar; gritos conmovedores en cuyos ecos se adivinaba el agradecimiento sincero de aquellos desdichados. A un cuarto de legua de la poblacion, logramos hacer volver á los que más tenaces ó más fuertes, nos seguian vitoreando. Entonces fué cuando pudimos apreciar la inmensa satisfaccion que se experimenta en las prácticas de la caridad, virtud sublime que levanta el pensamiento al cielo y acerca el espíritu á Dios. Detrás de nosotros quedaba un pueblo, cuyas lágrimas el dia antes de desesperacion, brotaban ya á impulso de agradecimiento, un pueblo en el que el frio y el hambre no era el pan contidiano de sus infelices mora-

dores, como lo habia sido hasta entonces. ¡Benditas sean los hijos de Granada, que al llevar su limosna á la suscripcion de *El Defensor*, llevaron pan para el cuerpo y consuelo para el alma, á los faltos de pan y de consuelo!

Nos encaminabámos á Cacin. El camino si así puede llamarse á la estrecha senda por que íbamos, era accidentado y tortuoso; un verdadero camino de palomas. A un lado y á otro del mismo, el bosque de chaparros muy espeso en algunos puntos, hubiera hecho solo con su aspecto la delicia de un cazador de *pur sang*. A veces saltaba un conejo ó una liebre de entre los mismos piés del caballo, y desaparecia á impulsos del miedo, tras de alguna lomilla ó arbusto.

Aún no distaríamos un kilómetro de Santa Cruz, cuando vimos una enorme pila de estiércol que llamó nuestra atencion por la disposicion que afectaba. Era ésta, la de un cono que presentaba no muy lejos del vértice, uno ó dos anillos de escavaciones iguales, que podian compararse perfectamente con sepulturas poco profundas. Pregunté acerca de aquello y el secretario me informó de su significado.

Aquellos huecos que mentalmente habia comparado con sepulturas, eran el lecho de un puñado de infelices, que dormian enterrados en estiércol para no helarse. A tal estado de miseria habian quedado reducidos.

Despues de cinco horas de marcha, durante las que no ocurrió nada que merezca especial mencion, llegamos á la entrada de Cacin, cuyo aspecto ruinoso nos pareció pequeña cosa. Y no es que esto fuera así; es que veníamos de Santa Cruz, pueblo el de mas horrible aspecto, despues de Arenas del Rey y todo lo que viéramos nos habia de parecer pequeño ante la enormidad que habiamos visto. En otras circunstancias el aspecto de Cacin nos hubiera dejado estupefactos, nos hubiera conmovido, pero en aquellos nos consoló, pues parece que consuela ver desdichas menores, de las que se espera ver.

A las gentes de Cacin nos presentamos como simples curiosos, lo que produjo un grande ahorro de limosnas, pues por este medio pudimos enterarnos, de que aquellas gentes estaban acampadas en buenas chozas y de que sus necesidades del momento estaban cubiertas.

Emprendimos la marcha hácia Turro, poblacion algo menos destruida que la anterior y en aquella, nuestra actitud fué la misma que en esta, por encontrarse las dos en las mismas condiciones.

El camino que vá desde Turro á Huétor, es una especie de rambla limitada por altas cortaduras de las mas caprichosas formas y tamaños. Al ver aquellos pedruscos angulosos y desiguales, se piensa en la Geología, acude á la imaginacion la historia de los grandes cataclismos que presidieron á estas formaciones de terreno, y se desea hacer hablar á esos gigantes de piedra, testigos mudos de hechos no escritos, pero adivinados, arrancados á la oscura noche de los tiempos por la hermosa ciencia de las deducciones, por la filosofía, que tiene por campo el universo y por límites los del infinito. Un geómetra puede encontrar ejemplares de todos los cuerpos, en aquellos acantilados de granito.

Moraleda es otra reducida poblacion, que no habia sufrido desperfecto alguno, á pesar de encontrarse en la misma zona que los siniestrados. Por más que parezca contradictorio, el estar este pueblo formado de cuevas fué la causa del fenómeno.

Debajo de tierra el movimiento de oscilacion es menos violento por ser menor el radio que va desde el centro de movimiento á la superficie de la misma; y será tanto menor, cuanto menos sea la elevacion del edificio movido. Por otra parte, la cueva cuando ofrece condiciones de solidéz, está como formada de una sola pieza que sigue los movimientos de la tierra con una exactitud regular y perfecta, no ocurriendo lo mismo con los edificios, que impulsados por un movimiento fuerte de oscilacion, tienen que recobrar la vertical,

lo que á veces no consiguen por que disgregados los materiales que los componen, no ofrecen punto de apoyo á las techumbres y partes altas de los mismos, originándose los derrumbamientos. A veces estos derrumbamientos ofrecen, permítasenos la palabra, un verdadero aspecto de tronchadura por la base del edificio. Esto no debe ocurrir nada más que en los movimientos demasiado fuertes. Un ejemplo palpable de esto lo ofrecen la torre de Santa Cruz y la acera de casas enclavada á el borde del tajo de Alhama.

En Moraleda no permanecemos más tiempo que el necesario para tomar unos dulces, con que se empeñaron en obsequiarnos, emprendiendo el camino de Huétor, con la esperanza de alcanzar el tren mixto que pasa por este punto á las dos de la tarde, logrando solo oír el silbato de la locomotora, cuando aún distábamos quince minutos de la estacion. Tuvi- mos pues que detenernos á esperar la llegada del tren correo.

A las seis, despues de haber comido casa de Guerrero y de despedirnos de su familia; acompañados por éste, y por el secretario y alcalde de Santa Cruz que venian con nosotros á Granada, para gestionar cerca del gobernador, fondos de socorro, emprendimos el camino de la estacion.

El edificio de ésta estaba en ruinas hasta tal punto, que quedó inutilizada la línea telégrafica. El jefe de ella, tenia que dormir y vivir en un wagon, por ser aquella inhabitable por completo.

Ya en la estacion, hicimos arqueo y vimos que en Santa Cruz habian quedado muy cerca de tres mil pesetas.

Llegó al fin el tren y nos despedimos de Guerrero y de aquella tierra, que tan tristes impresiones habia dejado en nuestra alma.

¡Cuanta miseria y desdichas! Cuantas lágrimas y desconuelo! Cuantos infelices quedaban tras de nosotros en aquella Alhama expuestos á los rigores del frio y del hambre, en aquellas noches del mes de Enero, bajo aquel cielo cubierto

de nubes, en aquella tierra cubierta de escarcha, y estremecida por violentas fuerzas desconocidas!

¡Cuanto herido, cuanto huérfano, cuanto muerto, cuanto mendigo!

El tren nos arrastraba á Granada, á la hermosa ciudad que habia cambiado el epíteto de la de los placeres con que la llamaron siempre los poetas, por el de la del terror, que llenaba el alma de sus habitantes.

Y ya que hablamos de Granada, justo es que retrocedamos á la noche del veinte y cinco, para ocuparnos algo del aspecto que ofrecia la histórica ciudad en este momento y en los dias que siguieron á la célebre noche.

Serian las nueve y diez minutos de ella, cuando el suelo comenzó á trepidar de violento modo, luego la trepidacion se acentuó y más luego comenzó terrible movimiento de oscilacion, que hizo sonar cristales y campanillas y crugir el maderamen de los techos de ruda y áspera manera. La duracion de todo el movimiento no bajaría de veinte y cinco segundos.

La consternacion en los primeros momentos, fué inmensa. De los teatros, de los cafés, de los edificios, de todas partes se lanzaron á la calle en confuso tropel, huyendo de aquellas paredes que parecian juntarse, de aquellos techos que crugian amenazando un desplome.

Pasados los primeros momentos fué volviendo la tranquilidad á los ánimos. Aquello en el sentir de todo el mundo habia podido derruir la capital, habia sido una cosa horrible no conocida nunca por los vivientes, pero felizmente ya habia pasado y no habia que lamentar desgracias ni desperfectos, escepcion hecha de unas molduras desprendidas del casino principal y fonda de la alameda, y unos desconchados en la bóveda alta de la catedral. Las mencionadas molduras eran unas bolas de gran tamaño, cuyo peso no bajaría de un quintal; adornos de lá azotea de los referidos edificios.

Como hemos dicho, la tranquilidad iba restableciendo la

calma en la mayor parte de los granadinos. Los cafés volvieron á llenarse de gente, las representaciones en los teatros, suspendidas por un momento continuaron, lo mismo que los bailes y las diversiones tan características de la noche de Navidad.

Pero no se contaba con la repeticion del fenómeno, que aunque con menos intensidad se verificó cuarenta minutos despues del primero. Media hora despues se sintió otro y esto fué lo bastante para sembrar la alarma en todos los corazones. Había en perspectiva la posibilidad de un derrumbamiento de la ciudad, para lo que bastaba un terremoto igual al primero en duracion. Comenzaba á comprenderse que los edificios debían haberse resentido en fuerza de tanto movimiento. El cuarto terremoto no se hizo esperar, y esa fué la señal para abandonar los edificios. En pocos momentos el Triunfo, el Campo del Príncipe, la estacion del ferrocarril, la Puerta Real y los paseos que van á ella, las plazas de la capital, todos aquellos sitios que ofrecían un parage despejado, se vieron invadidos por la multitud, que llena de terror se disponía á arrostrar la intemperie y el frio. A poco rato se improvisaron hogueras, se vieron algunas familias envueltas en mantas, comenzaron á aparecer aquí y allá coches y galeras desenganchados que eran ocupados por sus dueños ó se alquilaban al mejor postor; se oyeron llantos, hubo convulsiones en las señoras, se huyó á los campos, y cada cual se dispuso á pasar la noche de la mejor manera, que les sugirió la habilidad ó los recursos.

Al que escribe le tocó en suerte acampar en el Triunfo y allí pudo escuchar los más tremendos vaticinios y las suposiciones más raras, que difundian el miedo al correr de boca en boca. Quién aseguraba que la luna estaba vuelta, quién que el cielo había cambiado de color y otras mil cosas. El horizonte cerrado en espesas nubes se rasgaba de cuando en cuando con el fulgor cárdeno de los relámpagos.

Debo aquí hacer una observación. En toda la noche no oí á nadie preocuparse ni hablar de los pueblos de nuestra hermosa vega. En cambio cuando ellos se derrumbaban, en los críticos momentos de la más suprema agonía, muchos de sus habitantes volvieron la vista hácia la bella Granada y la lloraron, creyendo había corrido igual suerte que sus hundidos hogares.

El número de terremotos desde las nueve de la noche á las dos de la mañana, fué el de nueve.

Por fin las primeras luces de la aurora surgieron en el horizonte, y con ellas comenzó á caer una menuda lluvia que ahuyentó la gente, si bien fueron muy pocos los que pasaron de los portales, pues los edificios asustaban á los más valientes.

Con el día aumentaron los miedos y los terrores. A su luz pudo verse todo el daño causado en las construcciones, que en su mayoría presentaban grietas y desperfectos, aumentados en colosales proporciones por el pánico y la turbación.

Puede decirse que desde aquel momento por espacio de muchos días todo el mundo pasó el tiempo en hacer cálculos de Arquitectura, Geología y Astronomía.

A las siete de la mañana cundió el rumor de que Saleres se había hundido, y creo inútil decir el efecto que causó la noticia; efecto que fué en crescendo cuando á este nombre se unieron los de las Albuñuelas, Elmenegí, Beznar, Santa Cruz, Alhama, Jayena, Arenas del Rey, Fornes, Jatar, Ventas de Zafarraya, Zafarraya y otros. Durante el día se sintieron algunas oscilaciones, que aunque leves fueron lo bastante á alarmar al vecindario. Entre los diversos vaticinios que los aficionados á profeta hicieron, corrió uno, que parece imposible que una población culta y sensata lo aceptara de tan unánime manera.

Se auguró para las nueve de la noche un terremoto idéntico al de la noche anterior, y el pueblo de Granada abando-

ó los edificios á dicha hora, esperando lleno de ansiedad el terrible momento. Si un reloj de enorme campana se hubiera dejado oír el efecto hubiera sido mágico, pero no hay reloj capaz de domiar con sus voces el murmullo de setenta mil personas que conversan al aire libre.

La mayoría de los granadinos acampó en las calles como la noche anterior, afluyendo mucha gente al tren por haber puesto el jefe de estación los vagones á disposición del público.

Al día siguiente, en los sitios antes designados aparecieron algunas barracas y tiendas de campaña, que aumentaban de prodigiosa manera, cada vez que se sabía un nuevo detalle de los pueblos siniestrados, ú oscilaba la tierra; tanto, que á los dos días, verdaderas barriadas se levantaron por todas partes.

En todo este tiempo no dejó de oscilar la tierra con más ó menos impulso, lo que fué bastante á mantener viva la alarma.

En esta situación habíamos dejado á la capital, y teníamos ansiedad por volver á ella. Llegamos por fin y antes de separarnos se fijó el itinerario para la nueva expedición que había de emprenderse el día inmediato. Jallena, Fornes, Arenas del Rey, Jatar, Ventas de Zafarraya y Zafarralla fueron los puntos designados.

Cuando llegué al triunfo, sitio donde ya he dicho tenía establecido mi campamento, ví que el número de viviendas había aumentado de prodigiosa manera. Era aquello un laberinto de callejas, plazuelas, etc., una verdadera población, cuyas casas permitían á través de las paredes el paso de una mirada indiscreta al interior de las habitaciones.

Por fin encontré mi domicilio, me eché en el lecho con ánimo de buscar en el sueño un poco de fuerzas y no logré lo que me proponía. Hacía frío, la atmósfera estaba muy húmeda, y sobre todo, mis vecinos de campamento charla-

ban de tan estrepitosa manera, que ahuyentaron el sueño de mis párpados de una manera absoluta.

A más de esto se percibieron algunas oscilaciones.

Una palabra á mis lectores antes de concluir. El cólera, que tantos estragos ha hecho en nuestra hermosa Granada, llevó entre sus víctimas al editor de la presente crónica.

Las dificultades materiales con que tropezamos para seguir esta publicación, debidas á este lamentable suceso, no nos permiten asegurar á nuestros favorecedores la continuación de la misma, por lo que los señores suscritos á ella recibirán dado caso de que esto ocurra, un tomo de poesias originales del que escribe.
